

MEMORIA APÁTRIDA E INTRUSIÓN NARRATIVA.
IMÁGENES DE ESPAÑA EN
*MEMORIA DE LA MELANCOLÍA DE MARÍA TERESA
LEÓN Y YO NUNCA TE PROMETÍ LA ETERNIDAD*
DE TUNUNA MERCADO¹

*Stateless Memory and Narrative Intrusion. Images of Spain in
Memoria de la melancolía by María Teresa León and
Yo nunca te prometí la eternidad by Tununa Mercado*

Mariela Sánchez

Universidad Nacional de La Plata
maripausanchez@yahoo.com.ar

Estoy cansada de no saber dónde morirme.

María Teresa León

Resumen

Atravesadas por la experiencia de sus respectivas diásporas, *Memoria de la melancolía*, de la española María Teresa León, y *Yo nunca te prometí la eternidad*, de la argentina Tununa Mercado, en órbita con aspectos atinentes a los géneros del yo pero también en línea con una internacionalización de

¹ Este trabajo se inscribe en el Proyecto de Investigación y Desarrollo “Memoria de migración, experiencia bélica y exilio. España y Argentina: representaciones literarias de y sobre mujeres en contextos de guerra, dictadura y destierro durante el siglo XX”, bajo mi dirección (Universidad Nacional de La Plata, código 11/H897) y en el Proyecto “España y Argentina en diálogo. Literatura, cultura, memoria. 1940-2013” (PICT 2016-0623 de la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica).

la memoria que tiende a ampliar el horizonte en cuestiones de la narración del pasado traumático, reúnen una suma de conceptualizaciones sobre la diáspora, sus consecuencias y su puesta por escrito, que amerita un análisis convergente. Sendas prácticas de escritura despliegan una serie de procedimientos en los que la narrativa de la memoria ha abundado especialmente en los últimos lustros. Un análisis de la referencia a la España republicana y la Guerra Civil española en estos textos permite advertir la pervivencia de un periodo insoslayable del siglo XX que se ha seguido resignificando en la narrativa de este lado del océano y, asimismo, tematiza mecanismos de acercamiento a historias de vida que refractan inquietudes y cuestionamientos actuales, mediados por la mirada de mujeres desterradas.

Me propongo registrar muy especialmente aquellos pasajes que muestran a estas autoras en relación con España, con una idea de España y con la percepción de un desajuste y un desacomodamiento que las constituye y que, incluso más allá de coyunturas históricas determinadas, dan cuenta de un 'estar fuera de lugar' que es común a la mujer, en especial en circunstancias extremas de pérdida y desplazamiento.

Palabras clave: memoria; escrituras del yo; exilio; María Teresa León; Tununa Mercado.

Abstract

Marked by the experience of their respective diasporas, *Memoria de la melancolía*, by Spanish author María Teresa León, and *Yo nunca te prometí la eternidad*, by Argentine author Tununa Mercado, remain in orbit with aspects related to the genres of the self but also in line with an internationalization of the memory that tends to widen the horizon in matters of the narrative of the traumatic past; they bring together a sum of conceptualizations about the diaspora, its consequences and its writing, which merits a convergent analysis. Their respective writing practices unfold a series of procedures in which the narrative of memory has especially abounded in the last years. An analysis of the reference to Republican Spain and the Spanish Civil War in these texts allows them to warn about the survival of an unavoidable period of the twentieth century that has continued to be resignified in the narrative of this side of the ocean. It also addresses mechanisms for approaching life stories that refract current concerns and questions, mediated by the gaze of exiled women.

I intend to record, in particular, those passages that show the authors in relation to Spain, with an idea of Spain and with the perception of a mismatch and a lack of harmony that constitutes them—and that, even beyond certain historical circumstances, accounts for a 'being out of place'

that is common to women, especially in extreme circumstances of loss and displacement.

Keywords: memory; genres of the self; exile; María Teresa León; Tununa Mercado

Una sombra, lo mismo que vos

Dos mujeres, y desde el punto de vista de presentaciones en síntesis cómodas y reduccionistas, “dos mujeres de...”. Cuando se las menciona, sobreviene casi invariablemente el gesto amable que reconoce y aprueba sus respectivos desempeños; pero también una cierta condescendencia que otorga una consideración limitada, y cuyo techo por lo general viene apuntalado por la presencia de un nombre *otro*, masculino, del cual no se las puede disociar. También aquí se caerá en esa mención, solo que con el propósito de dejarla luego de lado en pos de un análisis que se centre en la autonomía de una parte de su obra.

Fuera del ámbito académico o de espacios culturales abocados a temáticas de exilio, pero también en gran medida dentro de ellos, es difícil que se las individualice sin la asociación a los hombres que se convirtieron en los compañeros de su vida. Las referencias a María Teresa León y Tununa Mercado suelen venir en tándem mixto: la mujer de Rafael Alberti: la mujer de Noé Jitrik. Es cierto que no podemos homologar el efecto que esas vinculaciones tienen en la instancia de recepción. Es diferente el alcance y el impacto que la información sobre uno y otro produce en el público lector y los ámbitos en que lo hace, incluso si lo pensamos solo en Argentina. Sin necesidad de una pormenorizada encuesta, podemos afirmar que Alberti ha sido objeto de conocimiento de públicos amplios, no necesariamente universitarios, que se interiorizaron en su obra, que asistieron a sus recitales de poesía, que disfrutaron de más de una de sus vetas artísticas, que escucharon con frecuencia sus poemas musicalizados. A veinte años de su fallecimiento, debemos reconocer que quizás esto no se refleje hoy de forma muy extendida entre los

más jóvenes, aun en el terreno de las letras, con excepción de quienes se interesan particularmente por aspectos de los diferentes periodos que abarcó su rica, extensa y versátil producción. Con Jitrik, la llegada a un público amplio, que exceda el hábitat universitario, es menos frecuente. En términos muy sencillos y hasta intuitivos, pero que dan un parámetro de recepción, podríamos decir que si le preguntamos a cualquier familiar, amigo o vecino que no se haya dedicado a los estudios literarios si sabe quién fue Rafael Alberti, probablemente esboce alguna definición, mientras que es menos viable que arribe a una respuesta en relación con Noé Jitrik. Ahora bien, en este caso sí ocurre que la mirada joven ha reciclado y resignificado un seguimiento y un sentir de admiración que ha desafiado al tiempo. Tanto su escritura como su desempeño como investigador y docente, así como también la consideración de su militancia universitaria siguen siendo reconocidas a la luz de nuevas coyunturas académicas.²

Esto no quiere decir que nuestro país haya olvidado los más de 23 años de exilio de Rafael Alberti en Argentina. A 20 años exactos de su muerte, reitero, y a 80 años del exilio de 1939, ha habido y aún habrá algún que otro homenaje con epicentro en Buenos Aires; pero este preámbulo apunta a que, sea como sea, tanto María Teresa León como Tununa Mercado han quedado siempre un paso atrás, o varios, porque si hacemos esa misma pregunta sobre el conocimiento

² Recientemente, con motivo del *X Congreso Internacional Orbis Tertius de Teoría y Crítica Literaria* en la Universidad Nacional de La Plata y de la presentación del volumen *Una literatura de la aflicción*, volumen 12 de la *Historia de la literatura argentina* bajo su dirección, Noé Jitrik fue homenajeado. Como una derivación de ese mismo día, en una clase inmediatamente posterior al congreso, me impactó la forma en que una estudiante que participa activamente de la política universitaria, a la vez que sostiene un continuidad en sus estudios con muy alto rendimiento, compartió en el aula, muy conmovida, el sentimiento de identificación que había experimentado con el nonagenario Jitrik en este acto, sobre todo en lo referente a la forma de participar de la vida académica desde distintos frentes, como el militante estudiantil.

respecto de los nombres de ellas entre un público amplio, el resultado es pobre o nulo. Cuando sobreviene, en cambio, la aclaración “Era la mujer de Alberti”, se acomoda el interrogado en una relativa certeza; más esporádica, o más acotada al ámbito académico, cuando la orientación es “Es la mujer de Noé Jitrik”.³

Ambas, también, exiliadas. La española María Teresa León se exilió junto con Rafael Alberti en Argentina y en Italia. El exilio de María Teresa duró 38 años (los primeros 23, casi 24 de ellos, en Argentina). La pareja León-Alberti formó parte del exilio republicano español de 1939, lo cual ha dejado rastro en buena parte de sus obras; pero me centraré exclusivamente en el texto que abarca una memoria panorámica que incluye el extenso exilio en Argentina, un recorrido detallado de su vida hasta ese momento y que tiene su sempiterna memoria de España como disparador fundamental: *Memoria de la melancolía*, una auténtica enciclopedia memorialística que pivotea por los episodios más significativos del siglo XX de un lado y otro del Atlántico, una conjunción entre la conciencia del inminente deterioro de la memoria cognitiva –María Teresa León sabía que una enfermedad le estaba afectando dicha facultad– y la lucidez de un recorrido pormenorizado y atento a todo aquello que no quería dejar sin contar (para ampliar, cfr. Pochat, 1989). Y, también, un libro mucho menos conocido y difundido, al menos en nuestro país, de lo que debería ser.

La argentina Tununa Mercado, por su parte, vivió su exilio en México, donde se instaló con su marido y sus hijos a partir de 1974, a raíz de amenazas de la Triple A, hasta el final de la última dictadura argentina; pero en esta ocasión me centraré en un texto que también tiene a España como un elemento esencial, pese a que no sea el único: *Yo nunca te prometí la eternidad* (2004). Ambas escritoras supieron desenvolver su actividad en desempeños signados por la

³ Lo he puesto a prueba, aunque no podría dar muestras cuantitativas concluyentes. Vale en este caso, sin embargo, el sentido común y la intuitiva indagación a título ilustrativo.

capacidad de adaptación al medio y a los recursos disponibles. Ejercieron un despliegue profesional que creo que no ha sido suficientemente valorado y que –sobre la base de la disponibilidad de herramientas teóricas que se han ido potenciando y optimizando, desde aquel transitado número monográfico de la revista *Anthropos*, encabezado por la aproximación teórica de Ángel Loureiro (1991), y en un contexto actual favorable para llamar la atención sobre la historia de las mujeres y ciertas formas de invisibilidad y de relegamiento– es digno de ser revisitado. Si bien no se estará focalizando en este artículo una marcada perspectiva de género, la similar situación de estas escritoras en lo tocante a algunos aspectos que acarrearón un relativo segundo plano es un factor siempre subyacente. Es de destacar que atañe por lo general a otras autoras la situación de que, ante escritos con clara presencia del yo y que se insertan sin ninguna duda en la escritura autobiográfica, en mayor o menor medida la asociación a *otros* parece ser una suerte de apuntalamiento que en cierto modo socava cualquier atisbo de autonomía:

Para el contexto cultural, son interesantes los textos de Zenobia Camprubí (1978, 1986, 1991), en los que expone su experiencia de recién casada, narra su vida con Juan Ramón Jiménez [...]; Ernestina de Champourcín (1981) evoca recuerdos –y publica cartas– de su trato con Juan Ramón y Zenobia; Pilar de Valderrama (1981) se descubre públicamente como la Guiomar machadiana, su hija, María Luz Martínez Valderrama (1991) complementa bastantes informaciones sobre la madre y de sí misma de la niñez a nuestros días; Josefina Manresa (1989) rememora su vida con su esposo Miguel Hernández; y Felicidad Blanc (1977) relata sus vivencias con el poeta Leopoldo Panero. (Romera Castillo, 1994: 141-142)

Para María Teresa León y Tununa Mercado, podríamos encontrar puentes que las vinculen en diferentes etapas de sus vidas personales y literarias; pero me centraré en establecer un parangón entre estos dos textos que, si bien en principio parecen no pertenecer a la misma adscripción genérica, habilitan una serie de convergencias que

permiten echar luz sobre sendas voces narrativas. Se me podría observar que habría sido más natural poner a dialogar *Memoria de la melancolía* con el libro de Tununa que más claramente aborda la problemática de la memoria: *En estado de memoria*. Pero la selección establecida ofrece un *corpus* más propicio para notar cómo opera España, qué construcción se hace de ella y qué mecanismos se ponen en juego desde lo que hoy conocemos como ‘escrituras del yo’, que al momento de la escritura de María Teresa León, sobre todo, no constituía un campo teórico tan desarrollado y contrastado, pero para el que sin embargo ella implica un mojón más que pertinente. En cuanto a la configuración de la primera persona singular, es necesario advertir que en *Memoria de la melancolía* hay una declarada coincidencia entre autora, voz narradora y protagonista de lo narrado –lo que equivaldría a asumir un seguimiento del “pacto autobiográfico” lejeuniano–, mientras que en *Yo nunca te prometí la eternidad* hay ficcionalización y se compone toda una paleta de personajes cuyo rastreo histórico es algo menos fácilmente susceptible de reconstrucción que el que permite la narratividad deudora del tono entre enunciativo y poético de María Teresa León. Pero estos textos sirven para estudiar en ambas una percepción de incomodidad que tiene su manifestación en una particular forma de narrar. Por otra parte, concuerdo con Roca i Cirona y Martínez Flores en la tesis de que “los relatos biográficos, aun siendo la expresión individual y subjetiva de un conjunto de acontecimientos y vivencias personales, no son arbitrarios” y de que “El relato de vida [...] no es siempre –e incluso podríamos afirmar, en cierto modo, nunca– un producto individual” (2006: 89).

Me propongo entonces registrar muy especialmente esos pasajes que muestran a sendas autoras en relación con España, con una idea de España, y con la percepción de un desajuste y de un desacomodamiento que las constituye y que, incluso más allá de coyunturas históricas determinadas, dan cuenta de un ‘estar fuera de lugar’ que es común a la mujer, en especial en circunstancias extremas de pérdida y desplazamiento.

De periferia en periferia. Entre tráfugas y levantiscos, los desplazados de siempre

Podría decirse que la condición apátrida de María Teresa León la ha marcado a fuego desde sus años más jóvenes, pasando por su malogrado primer matrimonio, su temprana maternidad y el desacomodamiento constante ante mandatos y cercenamientos de libertades. La polifacética mujer que fue militante, actriz, escritora, traductora y locutora radial arrastraba esa experiencia de no encajar, de no pertenecer, algo que se reflota cuando percibe también el extrañamiento respecto de un país, una lengua y una escritura, minada ya por dentro por la patología que le iría haciendo perder gradualmente la memoria.

Es como si yo no perteneciese a ese país del que leo los periódicos y, sin embargo, no han variado ni el formato ni el papel ni, seguramente, los lectores. Siento todo fuera de mí, arrancado, como si hubiera sido un sueño puesto sobre la mesa, impreso en hojas. Las mismas letras, el mismo idioma que se mezcla como si yo fuera aquella misma que aprendió a juntar las sílabas en ese lugar donde aún se estampa el mismo periódico. Estoy como separada, mirándome. No encuentro la fórmula para dialogar ni para unirme. (León, 1999: 25)

La descripción de la enfermedad, el principio del Mal de Alzheimer, podría también dar cuenta de un sentimiento de separación más antiguo que el de este padecimiento. Paradójicamente, el antídoto – provisorio, imperfecto– viene de la mano de una mayor dosis de memoria, la memoria lejana, aquella que puede funcionar aún como tierra firme:

Me asusta mirarme a los espejos porque ya no veo nada en mis pupilas y, si oigo, no sé lo que me cuentan y no sé por qué ponen tanta insistencia en reavivarme la memoria. Pero sufro por olvidar y cuando se me despeja el cielo o me abren la ventana, siento que me empujan hacia delante, hacia la pena, hacia la muerte. Entonces prefiero ir hacia lo que fue y hablo, hablo con el poco

sentido del recuerdo, con las fallas, las caídas, los tropiezos inevitables del espejo de la memoria. (León, 1999: 25)

Tal como lo ilustra sintética y exactamente el epígrafe elegido para este artículo, tomado de *Memoria de la melancolía* pero que acompañó declaraciones y notas en torno a María Teresa León hasta sus últimos días, su desarraigo es enorme y superador de límites territoriales de un país u otro. En realidad, el desarraigo de cualquier persona, si se debe a causas traumáticas, de alejamiento impuesto por la inaccesibilidad a las condiciones deseadas en el lugar en el que se quisiera permanecer, es enorme y trasciende fronteras, por más que en un sitio u otro se encuentre mayor comodidad. Lo notable es cómo María Teresa León logra fusionar la problemática personalísima de su circunstancia con una comprensión transversal. La descolocación de la experiencia de la diáspora se ve subrayada cuando entran en juego elementos que se presentan como llamados de atención. En el fragmento citado, esa lectura problemática que retrotrae incluso a una época previa a la alfabetización. No poder recordar paraliza, anula, como no poder nombrar.

Atravesada por la experiencia del propio exilio, la novela *Yo nunca te prometí la eternidad* (2004, reeditada en 2013), de Tununa Mercado, puede, como *Memoria de la melancolía*, encuadrarse en aspectos atinentes a las escrituras del yo; pero también está en línea con una internacionalización de la memoria, o al menos con una convergencia de pasados traumáticos que pueden hermanarse en un dispositivo migrante, tanto en términos literales, temáticos, como de modalidad narrativa. Esa forma de narrar de alguna manera espeja los desplazamientos –y sobre todo las manifestaciones de descolocación, los desajustes caracterizados por la falta de pertenencias decisivas y tranquilizadoras– que se producen en la experiencia vital de los personajes. Este giro, que tiene su eje en la narración de la subjetividad pero se abre a un espacio compartido, un reconocimiento en materia de destierro, tiende a ampliar el horizonte de la narración del pasado traumático. Al mismo tiempo que refuerza la indagación en una cuerda íntima, reúne una suma de

conceptualizaciones sobre la materialidad de testimonios y documentos (diarios, cartas, fotografías), como lo hace María Teresa León al tematizar su propio ejercicio de memoria, y reconstruye, además de una historia de vida singular, la manera en que estos materiales van armando un andamiaje para configurar la historia de vida y devienen literatura. En esa línea se elabora el personaje de Sonia, siempre amenazado por la desesperación, el riesgo de incompreensión y la soledad. España ha sido en Sonia una especie de respiro que prometía una posibilidad de cambio –como lo ha sido para tantos que a nivel internacional creyeron, acompañaron y se conmovieron con la causa republicana–; pero también en su caso sobreviene la enfermedad, una depresión profunda poblada por malentendidos y desencuentros.

Mercado, al incorporar un entramado de recursos como la escritura de cuadernos de carácter personal y el relato oral hecho texto, presenta una narración que expone una serie de procedimientos en los que se ha abundado especialmente en los últimos lustros; sin embargo, se parece poco a las llamadas “novelas de la memoria”. Por un lado, se trata de una memoria distanciada de los acontecimientos y de los espacios convocados. Hay una doble ajenidad, una doble coordenada de distancia: la temporal y la geográfica. El objeto de pesquisa es Sonia Lernou, la madre de Pedro Preux, venido de España, y con quien la narradora, que remite a experiencias vitales de la propia autora, ha coincidido en el exilio en México. Al mismo tiempo, esa indagación en la historia de una familia ajena se torna muy personal y subyace en todo momento la experiencia del propio exilio y del propio sentimiento de descolocación.

El disparador es la anécdota de la pérdida temporaria del contacto de Sonia, que ha trabajado para una agencia de noticias españolas y cuyo marido, alemán como ella, ha luchado por defender la II República. La pérdida de contacto de Sonia, entonces, con su hijo Pedro, a raíz de una separación momentánea de ambos forzada por un bombardeo nazi en Francia, en la huida hacia el sur. La narración presenta un movimiento que se ha dado en llamar en algún caso

minimalista.⁴ La autora lo asocia más a técnicas manuales de elaboración trabajosa, como la de un tejido o un bordado muy recargado, nada simple, o como la técnica de los gobelinos.⁵

A la distancia, la combinación azarosa de los tejidos y las reuniones conviviales se lee como una prefiguración de la materialidad de la novela: la fascinación hipnótica que depara *Yo nunca te prometí la eternidad* procede justamente del profuso tapiz, del entretejido de voces y registros que hacen avanzar su trama. (Gianera, 19 de junio de 2005)

La propia Tununa Mercado comenta que aprendió esa técnica en su exilio en México, y que la inmersión en este aprendizaje es el encuentro con el personaje que luego daría al conocimiento de Pedro y de los diarios de la madre.⁶ El entrecruzamiento de hilos de

⁴ Como observa José Amícola en *Canon de alcoba* (1988), pero que también podría resultar operativo para *Yo nunca te prometí...*: “La tremenda ironía de esta tímida toma de palabra es que la voz narradora logra expresar y hacerse oír con un grado perfecto de inteligibilidad (pues detrás de esa voz titubeante se percibe la inquietud minimalista de Tununa Mercado que marca inflexiones del texto mediante el uso sugerente de las cursivas). Así (...) solo se ocupa de algo *menor*: mostrar las vicisitudes de la lucha de la mujer en un mundo dominado por la estentoriedad de la voz masculina. Ningún escritor varón podría haber representado de esta manera esa condición de *minusvalidez*” (Amícola, 2008: 16, énfasis mío).

⁵ Cabe recordar que el gobelino era el tapicero que estableció el rey de Francia Luis XIV en la fábrica de tejidos fundada por Gobelin. Por metonimia, el gobelino es también el tapiz hecho por los gobelinos, es decir por esos tapiceros, o a imitación suya.

⁶ “La historia se me ocurrió porque yo conocía una persona relacionada con uno de los personajes y en una reunión, por casualidad, hablaron del niño - cuenta la escritora-. Yo lo conocía porque él era director de un taller nacional de tapiz que trataba de formar a tejedores indígenas en la técnica del gobelino. Cuando llegué a México, me inscribí en ese taller porque me gustaba mucho tejer telar. Entonces tuve una entrevista con él para entrar. Y este hombre me hizo una serie de preguntas de cultura general. Me di cuenta de cuál era su impronta porque me preguntaba sobre la cultura francesa. Yo iba cinco horas diarias a un convento del siglo XVII, donde se trabajaba el color para que pudiera durar seiscientos años. Este hombre hizo

diferentes colores y la realización de sombras y degradaciones para conseguir una sensación de tridimensionalidad bien podrían definir el entramado narrativo de la novela de Mercado. Además, las imágenes representadas en los gobelinos suelen tener una escena con elementos narrativos, con algún devenir diegético. Finalmente, es claro que está también en esta alusión el guiño al oficio de Pedro Preux, hacedor de tapices. La escritura del diario y las pesquisas de la memoria se entrelazan en una suerte de réplica de la técnica de los tapices.

El diario de Sonia no está presente en los encuentros de Pedro con su padre. Fue sacado de su encierro cuando Ro ya no estaba para reunir los cabos rotos que hubieran podido guiarnos y guiarme en el relato. Veo sucederse los acontecimientos: Pedro está lejos, México está lejos. Oigo, a medida que escribo, el llamado melancólico de esos seres de carretera con cuya ausencia y falta de nombres este “paisaje” tendrá que existir. Estoy entrelazada a ellos, siguiendo con ellos la ruta del éxodo; las escenas transcurren en la niebla, persisten en un lado nocturno en el que los presagios oprimen y no puedo dejar de estar en esos sitios de espera y de sentir una y otra vez, por identificación con los tránsfugas, que son mis papeles los que faltan, que no han llegado las firmas, que los licenciados no dejaron ninguna disposición para legitimar que existo. (Mercado, 2013: 128)

También en *Memoria de la melancolía* la relación con la escritura en primera persona es dificultosa, pasible de sufrir pérdidas, desconexiones, confusiones, enredos. La experimentación problemática de esa materialidad queda expuesta ya desde las declaraciones sobre la enfermedad. Se muestran, de algún modo, los

que hubiera vínculos con él y con su mujer, que aparece también contando la historia. Nosotros habíamos instalado un centro de estudios para organizar el exilio. Entre los argentinos, pasábamos una película y después había una cena que preparábamos nosotros mismos. Ahí iba Pedro y fue entonces cuando me confió el diario de Sonia.” (Gianera, 19 de junio de 2005).

hilos de la trama, se exponen los baches de la memoria pero también la confianza en las letras y en el oficio de convocarlas y combinarlas.

Estas cuartillas que voy escribiendo se me han volado todas dispersándose, jugando a la mala pasada de huirme. Voy hacia ellas, amarillas o verdosas aún. Cómo se han reído siempre delante de mis pasos todos los otoños. Se las lleva el viento, los vientos que nos soplan en los oídos las medias palabras. No sé ya qué me cuentan. Sé que silabea corriendo, juntando puntas de palabras, hasta palabras caminando pequeñas, persuasivas, enhebrando una verdad que jamás comprendemos. Vuelas, vuelas bien, memoria, memoria de la melancolía. Puede que sean los falsos recuerdos, los amores menudos los que hayan decretado que te lo diga en este otoño. Un otoño más... Basta, no quiero números, no he sabido jamás qué debo hacer con ellos. (León, 1999: 251)

En una materialidad esquiva, tanto en una como en otra autora los papeles se escapan, se pierden, se vuelan, se guardan celosamente. Y en torno a ellos, asoman sujetos que tienen una forma de estar en el mundo tan volátil y errante como la de esos papeles. Volviendo a la mención de los “tránsfugas” de la cita anterior de Mercado, veamos cómo eso se presentaba también en María Teresa León y en su configuración de identidades siempre en fuga. La identificación con los tránsfugas entraña la incomodidad eterna pero también la capacidad de ser permeable a superposiciones e incluso contradicciones, una identidad tránsfuga pero no en su sentido peyorativo, no con lo que puede entrañar de traición a una causa o a un acuerdo, sino en la maleabilidad resignada del pasaje de una colectividad a otra, de una tierra a otra.

También México, entre otros países latinoamericanos por los que pasa antes de arribar a Argentina, es un punto de inflexión para María Teresa León, no para quedarse sino como hito del permanente estar fuera de lugar. *Memoria de la melancolía* da cuenta de la deambulación inicial. La huida, como la accidentada huida de los nazis por parte de Sonia y de su hijo, es un desolador derrotero. Si bien no se emplea la palabra “tránsfugas”, el cuestionamiento por

“quiénes somos” es claro y está en esa misma sintonía. Su reiteración y el panorama de una isotopía de la incomodidad son susceptibles de ser puestos en diálogo con la búsqueda de legitimación referida en *Yo nunca te prometí...*

Nos aguardaban la desilusión y la policía. ¿Quiénes son ustedes? Nos miramos. Rafael, ¿quiénes somos? Casi no nos reconocíamos. ¿Que quiénes somos? [...] No pueden entrar en Guatemala. Orden del presidente Ubico. ¿Indeseables? El avión ha detenido su salida. Los está esperando. Suban. Como les parecía que no entendíamos, insistieron: “El gobierno de Guatemala les prohíbe la entrada en el país”. [...] ¡Qué desilusión! La próxima parada era Honduras. ¿Bajarán ustedes aquí?, se sonreía la *hostess*. ¡Ay, señorita, no lo sabemos! Debe ser que estos países están acostumbrados a que los españoles llegan a caballo, y así, en avión, les caemos de sorpresa. Pero no era cosa de reír. [...] Empezamos a sentirnos incómodos. ¿Por qué nos rehúsan la entrada? ¿Por aquel cónsul de la ciudad mexicana de Tampico que cuando llegamos allá llenó las paredes de letreros: “Han llegado las hordas de la antipatria”? Nos aclaramos la conciencia. Hordas no éramos, apenas si dos intelectuales que creíamos que nuestro pueblo tenía derecho a que se le oyese. (León, 1999: 143-144)

Otras postas geográficas en la desbandada de la expatriación hacen recabar en otras tierras y aeropuertos en los que no los dejan desembarcar. En esas pausas, María Teresa León deja ver cómo también se exponen a otras etiquetas que, por un lado, colectivizan el drama del sometimiento de los pueblos en un lamentablemente reciclado ejercicio de autoritarismo y, por otro lado, refuerzan el extrañamiento y el *no lugar*:

¿Dónde aterrizaremos? ¿En alguno de estos lugares donde está marcado “zona inexplorada”, serpientes? Nadie quiere recibirnos. ¡Qué gloria para nosotros! Éramos los levantiscos de España. Pero, decidme, ¿no hicieron vuestra independencia los levantiscos de América? ¿No es hora de que hagamos nosotros la nuestra? [...] Hay que tener en cuenta que alguno, educado en Estados Unidos, puede encontrar vulgar hablar de independencia. Son cosas del

pasado. Los levantiscos de España no deben entrar en esta América dolarizada porque traen mal ejemplo. (León, 1999: 146)

En materia de vínculos transatlánticos, está clara la búsqueda de identificación de María Teresa León con las vivencias de los pueblos que están siendo sometidos por aquellos años en América, ya sea al poder imperialista de un capitalismo que se va tornando más y más excluyente y deshumanizado, como a las dictaduras que terminarán minando prácticamente todo el continente. Si variamos el ángulo de la observación, el libro de Tununa Mercado puede considerarse en la órbita del interés de Argentina por España, desde textos narrativos de autores, y muy especialmente, de autoras argentinas en torno a la Guerra Civil en los últimos años, en simultáneo –aunque por supuesto con menor caudal– con el desarrollo del fenómeno que se dio en la narrativa española a partir del último entresiglos y, de forma muy marcada, en torno al llamado Año de la Memoria, 2007, en consonancia con la promulgación de la así llamada “Ley de Memoria Histórica”. En Argentina, en estos últimos lustros, nos encontramos con una literatura que se pliega a ese retorno a la Guerra Civil española y que se lleva a cabo en el contexto de otro retorno, el de una centralidad del sujeto que se hizo visible, para las coordenadas mencionadas, en oblicuas escrituras del yo que desandan la trayectoria vital de alguien pasible de ser admirado, un sujeto hasta cierto punto ignoto y que tuvo un accionar en alguna medida señalado o heroico durante la Guerra Civil española en el bando republicano y en otros desempeños de lucha antifascista, y que echa luz sobre perfiles de la propia historia de una instancia narradora construida en primera persona. Desde un presente un tanto desangelado, carente de motivaciones y convicciones semejantes a las que impulsan la acción de sus personajes –fundados en un disparador real, aunque literaturizados–, una serie de autoras que, a diferencia de Mercado, no han estado atravesadas por experiencias de destierro, aunque sí de descolocaciones, cuentan la aventura de las investigaciones que han dado lugar a sus textos sobre esos otros sujetos que cayeron en cierto olvido (histórico y también familiar). Así operan algunas novelas un poco posteriores a la novela de

Tununa Mercado: la investigación periodística novelada *Tío Borís. Un héroe olvidado de la Guerra Civil Española*, de Graciela Mochkofsky (2006), *Mika*, de Elsa Osorio (2012), *La abuela civil española*, de Andrea Stefanoni (2014), y también la obra de teatro *Quince moños rojos*, de Silvia Ramos (2013), textos que he analizado en otras ocasiones en cuanto a la apropiación realizada en ellos respecto de la Guerra Civil desde Argentina, pero fundamentalmente en lo referente a ese movimiento por el cual todos estos acercamientos a un pasado presuntamente foráneo favorecen el desarrollo de algún aspecto del yo que necesita la importación de señaladas historias ajenas –y la impostación de los méritos de la pesquisa propia– para agregar una pátina literaria, para poetizar el presente y la inmediatez.

Cuando por primera vez vi el diario de Sonia, antes de mi desvarío de llenar sus blancos, cuando acababa de traducirlo, para justificar mi trabajo enuncié, o pensé, que esa traducción tenía destinatarias. Quería, en cierto modo, devolver a Pedro el haber sido casi un personaje de mi libro sobre mi propio exilio. Traducía, pues, para sus hijas, poniéndome en situación de legar tontamente lo que era de ellas. Eso por un lado: quería apropiarme de ese texto y, para disimular, hacía una donación, yo testafarro de mí misma. (Mercado, 2013: 183)

También había en María Teresa León la conciencia de un legado. La radiografía de la realidad no se congelaba en la inmediatez de lo que se vivía en carne propia, sino que una preocupación por las nuevas generaciones imprimía un mandato de compromiso mayor:

Debemos comenzar desde las ruinas. Llegaremos. Regresaremos con la ley, os enseñaremos las palabras enterradas bajo los edificios demasiado grandes de las ciudades que ya no son las nuestras. Nuestro paraíso, el que defendimos, está debajo de las apariencias actuales. También es el vuestro. ¿No sentís, jóvenes sin éxodo y sin llanto, que tenemos que partir de las ruinas, de las casas volcadas y los campos ardiendo para levantar nuestra ciudad fraternal de la nueva ley? (León, 1999: 37)

Luego retomaré una parte previa de esta cita en la que se desarrolla la crítica a una cristalización de imágenes de España inexactas, tópicas. Lejos de eso, tanto María Teresa León como Tununa Mercado se han asomado a una caracterización que refleja claramente su concepción de una idea de España libre de opresiones y que, además, no ha envejecido. Por el contrario, es capaz de despertar inquietudes convergentes con las plasmadas en sus libros, distantes en tiempos de realización y publicación. Nuevos “jóvenes sin éxodo y sin llanto” podrían sentirse, con un poco de habilidad para la percepción, interpelados.

Qué bien tu nombre suena

El subtítulo elegido para este apartado, en evidente referencia a los versos de Antonio Machado (“¡Madrid, Madrid; qué bien tu nombre suena, / rompeolas de todas las Españas. / La tierra se desgarras, el cielo truena, / tú sonríes con plomo en las entrañas!”), no se limita en esta apropiación parcial a la capital peninsular; bien puede extenderse a toda la España republicana, toda la España resistente a la sublevación fascista. España suena y resuena en *Memoria de la melancolía* y en *Yo nunca te prometí la eternidad*. Por motivos en principio más obvios y omnipresentes en un caso, mediante esporádicas pero significativas incrustaciones en el otro, España es también metonímicamente la lengua y la posibilidad de designar realidades deseadas, como ocurre con el campo semántico asociado a la idea de libertad (y de liberalismo entendido en estrecha relación con la libertad, no con el ejercicio del libre mercado, claramente).

Bienaventurados los que os llevasteis a costas la dulce carga del recuerdo de España, los que salvasteis la palabra más alta de nuestro idioma, esa que tantas penas costó siempre a los que hablamos español, por la que el español ha muerto tantas veces, esa “¡Libertad!” que no alcanzaremos nunca. Dicen que fuimos nosotros los españoles los que pusimos en circulación por Europa la palabra liberalismo. Esta palabra mágica aparece a comienzos del siglo XIX, cuando las Cortes de Cádiz votan la constitución más liberal del mundo. La vocación de libertad ataca de cuando en

cuando a mi pueblo, y los mejores hijos de España pasan por decirla a través de fusilamientos, cárceles, destierros y angustias. Vivir para la libertad significa para un español condenarse a la incompreensión y al exilio. (León, 1999: 229)

España es la lengua materna, la tierra madre, el lugar de nacimiento de un sentir resumido en ese objetivo de máxima constituido por la búsqueda de libertad. María Teresa León da cuenta del momento en que ella y Rafael son desarmados, cuando ante los militares sublevados no solo se queda sin el instrumento para la defensa sino también sin posibilidad de expresión:

La entregué [la pistola], con una pequeña melancolía, mordiéndome los labios. Serví de intérprete: “Ese señor es el general Antonio Cordon, ministro de la Guerra, y este otro es el señor Núñez Mazas, ministro del Aire. Aquél, un poeta, y yo... una miliciana”. Nos creyeron sin dificultad. El radio daba todas las noticias de la traición del coronel Casado y las cancillerías de Europa respiraban contentas. Pero yo hubiera querido decirles: “Somos los que hemos conseguido sacar de España una palabra para conservarla sin mancha. La hemos defendido a tiros, bajo una bandera roja, morada y amarilla, al son de una musiquita candorosa, el *Himno de Riego*, a cuyos sonos de polquita popular combatimos tres años y enterramos a nuestros muertos”. Pero no dije nada. (León, 1999: 229-230)

La imposibilidad de expresión es tal que, para describir la propia tierra, se apela a la transcripción literal de una exhaustiva definición de autor célebre, que reproduzco aquí sintéticamente:

¿Qué cómo es España? “España es abundante de mieses, viciosa de pescados, sabrosa de leche y de todas las cosas que se hacen de ella, llena de venados y caza, cubierta de ganados, plena de caballos, provechosa de mulos, segura y fuerte de castillos, alegre de vinos, holgada de abundamiento de pan, rica de metales, plomo, estaño [...]. Pues bien, este reino tan noble, tan rico, tan poderoso, tan honorado fue derramado y estragado en una revuelta de los de su tierra que tornaron las espadas unos contra otros, como si les mandasen enemigos, y perdieron todo.”

El que así habla, señor oficial, es Alfonso X el Sabio, rey de España en el siglo XIII, y no ninguno de nosotros, los que sufrimos una guerra civil, pero nos reconocemos en esta antigua lamentación de la sangre. (León, 1999: 230)

El drama atávico de atroces enfrentamientos internos es articulado mediante el reconocimiento en el diagnóstico de nada menos que Alfonso X. De todos modos, esto se da en medio de una sarcástica pero imaginaria alocución pensada para ser dirigida al militar que María Teresa tenía enfrente. La finta histórica de la cita incorporada tiene la doble función de poner en palabras autorizadas una descripción que se carga de nuevas implicancias siete siglos después y de exponer la necesidad de una operación de desplazamiento ante lo inenarrable, aquello que duele tan profundamente que necesita el rol vicario de otra escritura que se adopte a los fines de designar la situación propia. Pero aun en la alusión a la fuente medieval por excelencia queda claro que el procedimiento está cargado de ironía y de manifestación de impotencia. A su vez, cabe resaltar que en ningún momento se elige una imagen tópica; hay más bien una visceral oposición al riesgo de caer en una estampa edulcorada. La melancolía no entraña ese peligro:

Nada tenemos que ver nosotros con las imágenes que nos muestran de España ni el cuento nuevo que nos cuentan. Podéis quedaros con todo lo que pusisteis encima. Nosotros somos los desterrados de España, los que buscamos la sombra, la silueta, el ruido de los pasos del silencio, las voces perdidas. Nuestro paraíso no es de árboles ni de flores permanentemente coloreadas. Dejadnos las ruinas. (León, 1999: 37)

En *Yo nunca te prometí la eternidad*, la particularidad de una suerte de triangulación que otorga la mirada distanciada respecto de un pasado traumático situado en Europa, el exilio en México y la perspectiva de la enunciación localizada en Argentina permite diferentes puntos de vista que trascienden la focalización en una guerra, ya que el texto de Mercado no solo sobrepasa el empleo de una modalidad narrativa estable en torno a los “sujetos

biografiados”, sino que a su vez excede un escenario concreto, pues los destierros involucran diversos espacios (España, Francia, México, Jerusalén). Sin embargo, la referencia a la Guerra Civil española permite advertir la pervivencia de un periodo insoslayable del siglo XX que se ha seguido resignificando en la narrativa de este lado del Atlántico y, asimismo, registrar la problematización de un enclave generacional en el que la literatura exhibe mecanismos de aproximación a trayectorias vitales que, al echar luz sobre experiencias presuntamente ajenas y luchas en apariencia foráneas, refracta inquietudes y cuestionamientos que tienen que ver con la descolocación sempiterna signada por los destierros y actualiza su vigencia para impulsar la narración, y la complejidad de canales y voces constitutivas de esa operación. La palabra viva de Pedro/Pierre/Pierrot (el nombre propio muta en función de las circunstancias, no estrictamente de las relaciones interpersonales), refugiado “español” en México, es el vértice del desenvolvimiento narrativo en el que se convoca la experiencia de su madre –cuya voz se incluye/edita/traduce a través de la escritura íntima de cuadernos personales– y la participación de su padre, Ro (Robert) en la Guerra Civil española. Una vez más, como María Teresa León, la mujer en rol de traductora o de intérprete. Estableciendo puentes de comprensión aun en medio de la comunicación más dificultosa.

La problematización de la identidad y las recurrentes reflexiones sobre la naturaleza apátrida como elemento constitutivo encuentran, no obstante, en España cierta condición de universalidad que se nuclea en un pasado cercano respecto de los diarios de Sonia, casi una bitácora de la huida, de la pérdida del hijo, de los desencuentros y reencuentros, un punto de cruce que hermana causas y convicciones éticas.

La identidad había sufrido alteraciones irreparables con el nazismo y en la recomposición de los sujetos los nombres se borraron tanto como las patrias que habían abominado de sus hijos arrojándolos al destierro, y aun cuando llegaran a aparecer los papeles que dieran fe de estos acontecimientos, entablarían un proceso siniestro: certificados, salvoconductos, visas, eran armas del

enemigo. [...] Nunca como en aquellos años los papeles fueron estigma y condena. (Mercado, 2013: 158)

Y cuando los papeles, la letra de los documentos, son una amenaza o una dificultad en lugar de un auténtico salvoconducto, la literatura, en este caso a través de un dispositivo biográfico que se pliega sobre la propia instancia de enunciación, es lo que sobresale.

Pese a que el derrotero de quien es principalmente biografiada sobre la base de sus propias palabras escritas incluye un trazado mucho más amplio y España es un punto de referencia ya perdido, es un escenario estable en tanto lugar de memoria. Si la respuesta por la nacionalidad no resulta fácil (Pedro como refugiado español pero nacido en Francia, aunque también va a caer este dato como una certeza; Sonia nacida en Alemania y viviendo con culpa su marca de origen), España es, aunque de manera compleja, la base sobre la cual, sin necesidad de carta de ciudadanía, funciona ese cruce donde fue posible un reconocimiento que barrera por un momento con el permanente sentirse fuera de lugar. España como heterotopía que, sin contradecir una perspectiva universalista, se materializó en una posibilidad de hacer pie en algún tipo de legitimación redentora.

[S]e habían creado nacionalidades como quien se crea ilusiones de pertenencia, Ro recibiendo la española por haber pertenecido al Ejército Español republicano después de ser brigadista internacional durante la guerra civil, y el niño, bueno, ese capítulo venía también junto al material fotográfico y es uno de los objetos a convocar en esta tarea de esclarecimiento de identidades: una visa de entrada a México, el 22 de abril de 1942, en la que el niño figura como *Inmigrante admitido como asilado político*, título desmesurado, si los hay, para clasificar el estatuto de niños en la deriva del exilio... (Mercado, 2013: 51)

Es notorio que esto se dé en una autora perteneciente a una generación en la que son mucho más subrayados los vínculos latinoamericanistas por encima de otros lazos, el trazado de una línea que se cuida mucho de cualquier sospecha de pleitesía o de creencia en una “maternidad patria” y, en todo caso, lo que suele aparecer es

la meca de Francia como punto de fuga. Frente a cierta vuelta recurrente a algunos lugares comunes en la representación de España desde estas latitudes, y ante el peligro de una configuración reduccionista, se advierte en la experiencia atravesada por el propio exilio, mucho más que en las llamadas “novelas de la memoria”, una alternativa a ese vínculo con España. Se trata de una relación reñida con las imágenes tópicas porque, aún en el intimismo, o en el minimalismo que se le atribuye, o tal vez precisamente por ese trabajo del detalle que lleva a descreer más de la disposición calculada de materiales documentales que de la organización del relato como una composición semejante a la de otro lenguaje artístico, la del tapiz, ocurre que la empatía con una escritura íntima es, de algún modo, una intrusión, una jugada de tráfuga; pero que interpela desplazamientos y, especialmente, incomodidades propias a través de la intromisión en una narrativa personal que es, a su vez, un ejercicio coral y colectivo. Ese ejercicio que magistralmente ya había ensayado María Teresa León, a contracorriente de toda dificultad que pusiera coto al despliegue de una cuidadosa recapitulación del pasado español en sus múltiples aristas, desafiante –sin necesidad de victimizarse– de los relegamientos a un segundo plano. España como instrumento de reconocimiento y de involuntarias y sufridas distancias ha funcionado en ambas autoras como una pieza para estudiar el tratamiento de una configuración de la memoria que, lejos de la confianza ciega en señas de pertenencia amparadas en la inerme tranquilidad de los documentos, se recuesta sobre la intimidad de las historias personales y la forma de tejer trabajosamente la narración de una identidad posible.

Bibliografía

AMÍCOLA, José, “La incertidumbre de lo real. La narrativa de los 90 en la Argentina en la confluencia de las cuestiones de género”. En: *Oficios terrestres* 23 (2008): 10-17.

GIANERA, Pablo, “En la frontera de la memoria”, 19 de junio de 2005. <<https://www.lanacion.com.ar/cultura/en-la-frontera-de-la-memoria-nid713900>>, 9 de julio de 2019.

LEJEUNE, Philippe, *Le pacte autobiographique*. Paris: Seuil, 1975.

LEÓN, María Teresa, *Memoria de la melancolía*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 1999 [1970].

LOUREIRO, Ángel, "La autobiografía y sus problemas teóricos". *Anthropos* 29 (1991): 2-9.

MERCADO, Tununa, *Yo nunca te prometí la eternidad*. Buenos Aires: Booket, 2013 [2004].

POCHAT, María Teresa, "María Teresa León, memoria del recuerdo del exilio". En: *Cuadernos Hispanoamericanos* 473-474 (1989): 135-142.

ROCA I CIRONA, Jordi / MARTÍNEZ FLORES, Lidia, "Relatar la vida, delatar la identidad". En: *Historia, Antropología y Fuentes Orales* 2. 36 (2006): 89-112.

ROMERA CASTILLO, José, "Escritura autobiográfica de mujeres en España (1975-1991)". En: VILLEGAS, Juan (ed.), *De Historia, Lingüísticas, Retóricas y Poéticas. Actas del XI Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas Volumen II (La mujer y su representación en las literaturas hispánicas)*. California: University of California, 1994.